

EL PROBLEMA DE LA LENGUA NACIONAL EN LOS PRIMEROS ROMANTICOS ARGENTINOS

Sostener que es inexacto hablar de lengua "nacional" entre nosotros, me parece poco satisfactorio. Pero, al aceptar el calificativo, surgen inevitablemente las controversias. El punto clave reside, para nuestro tema, en descubrir qué quisieron decir nuestros románticos al hablar de "idioma nacional".

En el Continente Americano comienza a plantearse la cuestión con la llegada del Romanticismo. En Europa, pese a las diferencias histórico-culturales, también es en el siglo XIX cuando se fórmulan teorías en favor de esta tesis. Un bosquejo panorámico sobre la Europa del siglo pasado nos mostrará hasta qué punto el Romanticismo, al tomar conciencia de las nacionalidades y dedicarse al estudio de la Historia, ahonda en los aspectos diferenciadores. Al reaccionar contra la bota napoleónica, acentúan el fervor nacionalista que, naturalmente, incluye al idioma.

En Alemania las guerras contra la dominación de Bonaparte crean un clima espiritual vigoroso. Los forjadores del Sturm und Drang son los vanguardistas de un movimiento que conscientemente saltea la edad absolutista para entrar en la vida independiente. Goethe busca sus ejemplos lingüísticos en el alemán con que Lutero tradujo la Biblia. Esta exaltación por el idioma vernáculo se advierte en varios investigadores germanos. Si bien en Alemania, lo mismo que en Inglaterra, el problema de la lengua nacional se remonta, por razones religiosas, al siglo XVI, los argumentos históricos, los argumentos rigurosos, se exponen con mayor nitidez tres siglos más tarde.

Los hermanos Grim, y luego Herder, insisten en la función de lo popular en la poesía. Herder aclara la estrecha relación que el lenguaje del pueblo debe tener con la expresión literaria. Sus observaciones acerca del origen de la lengua constituyen el punto de partida para su filosofía del lenguaje que posteriormente desarrollará Humboldt.

Si pasamos a Francia, allá ocurre algo semejante. Por ser éste el país que ejercía mayor atracción entre los hombres de 1837, no citaré nombres ni obras que conocían muy bien Echeverría y su generación. En 1539 Francisco I había ordenado que la lengua francesa fuera el idioma empleado para la redacción de las actas. Desde entonces, sufrió todas las transformaciones susceptibles y comunes en la evolución de cualquier lengua. Las reformas románticas no olvidaron el lenguaje, y frente al empobrecimiento que iba padeciendo el francés, debido a un criterio purista exagerado y frío, los románticos recogerán del siglo XVI y de la Edad Media, palabras caídas en desuso, locuciones atrevidas, giros populares sabrosos e imprevistos. Entre los nombres que podríamos recordar, tomemos el de Luisa Germana Necker, baronesa de Staël, que sintió especial predilección por las literaturas europeas. Innecesario resulta mencionar su conocida producción. Impregnada por el espíritu de la Revolución Francesa, y capaz de entrar en lucha contra Napoleón, puso en práctica las palabras que dijera Hugo: "El romanticismo es la Revolución Francesa hecha literatura". Al realizar el estudio comparativo de las letras europeas, cuyos rasgos comunes y propios puntualiza, Mme. Staël destacó que una época nueva exige una nueva literatura (1).

En Portugal notamos los mismos fenómenos que en las naciones vecinas. Juan Bautista Leitão de Almeida Garret publicó en 1825 su *Camoês*, con el que inicia la reforma lusitana. Precursor del movimiento, y enfático defensor de la lengua de Gil Vicente, el Padre Francisco Manuel do Nascimento (co-

(1) Acerca de la Revolución Francesa y la lengua nacional, cfr.: MANUEL COHEN: *Histoire d'une langue française* - Paris, 1950.

nocido arcaicamente como Filinto Elysio) emprendió una campaña contra la influencia francesa en el idioma portugués. Un contemporáneo, Antonio Ribeiro dos Santos, sostenía la pureza de la lengua nacional, pero con un tono más conciliador.

Intencionalmente he dejado por último, en nuestra rapidísima visión, a Italia, porque en ella el proceso romántico adquiere tonos políticos muy vivos. Las luchas por la unidad nacional justifican las páginas de Mazzini, Leopardi, Manzoni, entre otros.

En el *Estatuto de la Joven Italia* (1831) declara Mazzini:

“La Joven Italia es unitaria: porque sin unidad no hay verdadera nación, porque sin unidad no hay fuerza, y la Italia, rodeada de naciones unitarias, poderosas y celosas, necesita también ser fuerte”. Siete años más tarde explica: “una literatura nacional no puede existir en Italia si antes no se resuelve la cuestión política”. Y señala en otra página de sus escritos: “Los italianos comienzan a entender que una nacionalidad tiene por base principal la Historia y la lengua, y se preparan con su trabajo a fundarla” (2).

Leopardi reiteradamente escribió sobre el tema, insistiendo en la “necesidad de crear una lengua, de crear una literatura, tal como conviene crearla” (3).

Manzoni en una carta dirigida a Jacinto Carena, miembro de la Academia de Ciencias de Turín, se lamenta de “le nostre eterne questioni sulla lingua”. Y alude a la “lingua” porque da por supuesto que hay una sola “lengua” en toda Italia (4).

En América, la cuestión toma caracteres peculiares, impulsada por sentimientos emancipadores.

Los “sustratos” primitivos ejercen mayor o menor influencia de acuerdo con las regiones. La España de la conquista, en pleno período áureo, portadora de un idioma rico, se enfrentó con numerosas lenguas indígenas. Como anota Antonio To-

(2) Cfr. GIUSEPPE MAZZINI: *Scritti Politici e Letterari e I Doveri dell' Uomo* - Milán, 1946.

(3) Cfr. GIÁCOMO LEOPARDI: *Opere*. Ed. Mondadori, 1945.

(4) Cfr. ALESSANDRO MANZONI: *Opere* - Firenze, Barberá Ed. 1946.

var, dos corrientes marcharon simultáneamente: la una civil, que pretende imponer el idioma del pueblo conquistador, la otra, la eclesiástica, misional, que “no sólo defiende que la religión le debe ser explicada al indígena en su propia lengua, sino que, incluso en casos extremos, aspira a crear cotos misionales cerrados en los que la Iglesia se entienda con el indio sin la presencia de los colonizadores ni de autoridades militares o civiles” (5). Hasta tal punto parecía favorable el empuje lingüístico que, en el N. O. argentino, por ejemplo, hubo hasta un peligroso retroceso del español por el predominio quechua, durante los siglos XVII y buena parte del XVIII (6).

Esta marcada supervivencia indígena se prolonga con intensidad variable según las zonas del Continente. Aún hoy existen regiones bilingües en Hispanoamérica. Clovis Monteiro es uno de los tantos investigadores que se han ocupado del bilingüismo tupí-portugués (7). Si bien, el caso de Brasil y de los Estados Unidos de Norteamérica, tal como lo señalara Amado Alonso, exigen un análisis separado del resto del Continente (8).

En el año 1825, a los tres años de su independencia, en Brasil ya se hablaba de “idioma brasileiro”. También en los Estados Unidos las luchas por la independencia inciden en el problema lingüístico. No en la lengua en sí, que por supuesto se va desarrollando paulatinamente obedeciendo a factores históricos, étnicos, geográficos, pero sí, a una toma de conciencia por parte de quienes asumen responsabilidades culturales o políticas.

En 1789 Noah Webster, que predicaba a sus compatriotas la independencia de pensamiento, habla de una “lengua

(5) ANTONIO TOVAR: *La implantación de nuestro idioma en el N. O. argentino*. “La Nación” (11 de diciembre de 1959) Cfr. Idem: *Catálogo de las lenguas de América del Sur*; Bs. As. Ed. Sudamericana 1961.

(6) MARCOS MORINIGO: *Difusión del español en el N. O. argentino* (Publicado en: *Programa de Filología Hispánica*) Bs. As. Ed. Nova.

(7) CLOVIS MONTEIRO: *Português da Europa e Português da América* (en: *Aspectos da Evolução do Nosso Idioma*); Río; 1931.

(8) AMADO ALONSO: *Castellano, español, idioma nacional*; Bs. As. Losada, 1943.

americana". Tres años antes escribía: "una lengua nacional es un vínculo nacional. ¿Qué país lo desea más que América?" (*).

Un grupo de jóvenes neoyorkinos funda en 1788 una Sociedad con el "propósito de esclarecer y fomentar el idioma americano". Al aprobarse la constitución federal, abogan por un "federal language". Insisto en el aspecto histórico-político que en América se llamó: emancipación, y en Europa: lucha antibonapartista, porque en el Nuevo Mundo la defensa de la "lengua nacional" por parte de nuestros escritores se desarrolla con explicaciones débiles desde el punto de vista filológico, en cambio insisten en el aspecto histórico y psicológico con marcada frecuencia. El matiz subjetivo, que nuestros románticos no supieron deslindar al interesarse por estas cuestiones, explica algunas de sus ideas un tanto confusas.

En 1821 el gobernador de Louisiana decía que la lengua americana será con el tiempo necesariamente diferente que la de Inglaterra. Esto, científicamente aceptable, lo sostuvo años después Juan María Gutiérrez con respecto a España y sus colonias. Todos los argumentos de la época buscan con afán romper los vínculos con España, Inglaterra, o Portugal, según los países. El vasallaje impuesto por el conquistador no resulta menos odioso en lo cultural, que en lo político o económico.

Amado Alonso en su libro *Castellano, español, idioma nacional*, dice que la denominación de "idioma nacional" es una fórmula que logra "esquivar en el nombre del idioma el de una nación extranjera que en el siglo de las luchas por la independencia no era simpática a las jóvenes repúblicas americanas" (10).

Es sintomático, efectivamente, que el problema se discuta con simultaneidad en los países americanos, tanto en los de habla española, como en los otros. Hasta tal punto, que en 1826

(*) Cfr. *Publications of the Modern Language Association of America*; Tomo LI; 1936 pág. 1146.

(10) Cfr. AMADO ALONSO: *ob. cit.*

se propuso en Bogotá la creación de una Academia de la Lengua Americana, sin que lograra cuajar dicho propósito.

Esto que Américo Castro ha llamado "la morbosa preocupación de la preocupación de la lengua nacional" ⁽¹¹⁾ se inicia en nuestro país con una histórica polémica.

En momentos en que Esteban Echeverría revisaba las pruebas de su *Ojeada Retrospectiva*, impresionó vivamente su espíritu la lectura de un artículo titulado *Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura hispanoamericana*. Lo firmaba el escritor español Dionisio Alcalá Galiano y apareció en el *Comercio del Plata*.

En absoluto desacuerdo con él, Echeverría replicó a través de una *Nota* que insertó en la *Ojeada*.

Decía Alcalá Galiano: "Veinte años largos van transcurridos desde que las antiguas colonias españolas lograron, tras una lucha más o menos reñida, consolidar la independencia, y aún después de tener por tanto espacio fijada su condición política, y de encontrarse en el rango de las naciones, preciso le será confesar a cualquier juez imparcial que su literatura se halla todavía en mantillas".

El 27 de julio de 1846 concluía su artículo manifestando:

"Hase equivocado la reforma de lo existente con su total destrucción; y llevadas las sociedades hispanoamericanas de un impulso, cuyos efectos en el círculo político no pretendemos ni aun remotamente juzgar, pero cuyos resultados en el círculo intelectual fueron funestos, han querido renegar de sus antecedentes y olvidar su nacionalidad de raza. Así es que se las ve vagar como desatentadas y sin guía, no acertando ser lo que ya fueron, y sin acertar a ser nada diferente" ⁽¹²⁾.

Echeverría, a su vez, contesta:

"... el señor Alcalá Galiano, literato español, asegura que la literatura americana "se halla en mantillas"; y explicando

⁽¹¹⁾ AMÉRICO CASTRO: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Bs. As. Losada, 1960 (2ª ed.; 1ª ed. Madrid, 1941).

⁽¹²⁾ Cfr. *Comercio del Plata*: Números 234, 235 y 236. Montevideo, julio de 1846.

este fenómeno por consideraciones que no revelan sino una suma ignorancia del verdadero estado social de la América, el señor Galiano lo atribuye: “haber los americanos renegado de sus antecedentes y olvidado su nacionalidad de raza”; por lo cual parece buenamente aconsejarles que vuelvan a la tradición colonial, o lo que es lo mismo, que se pongan a remolque de la España a fin de que su literatura adquiera “un alto grado de esplendor”.

Después de aludir a la decadencia de la España dieciochesca, Echeverría subraya, como lo hicieron sus contemporáneos europeos: “. . . la cuestión literaria que el señor Galiano aísla desconociendo a su escuela, está íntimamente ligada con la cuestión política, y nos parece absurdo ser español en literatura y americano en política”. Más adelante toca directamente el problema idiomático: “El único legado, dice, que los americanos *pueden aceptar y aceptan de buen grado* de la España, porque es realmente precioso, es el idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación, es decir, de emancipación” (13).

Juan María Gutiérrez al recopilar la obra de Echeverría, escribió una nota al pie de las *Lecciones y modismos tomados de algunos hablistas castellanos* en las que el autor de *La cautiva* ha dejado un testimonio de sus gustos sobre la lengua española. En dicha nota el crítico transcribió las palabras de Echeverría que acabamos de recordar.

Algunos autores consideran que el romanticismo francés malogró en Echeverría las cualidades de observador realista que poseía. Calixto Oyuela, por ejemplo, dice: “Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea.

“Aceptamos de España su hermosa lengua —dice—. Pero, pregunta Oyuela: ¿puede aceptarse una lengua rechazando el

(13) Cfr. ESTEBAN ECHEVERRÍA: *Obras Completas*. Bs. As. Ed. Antonio Zamora. Tomo V.

modo de imaginar y de sentir, y de expresar, que de continuo la engendraron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección que hoy se encuentra?”

Esta referencia al papel que juega lo psicológico en la estructura del lenguaje, continúa con los siguientes conceptos: “Si Echeverría quiso renegar de esta índole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma, que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés o en quichua” (14).

Este razonamiento no nos resulta convincente. No se adopta un idioma por imposición de unos pocos; este es un problema mucho más complejo en el que juegan elementos sutiles y contradictorios. Sobre estas cuestiones no se impone la lógica con la prepotencia que parece aceptar Oyuela. Echeverría juzgó con sensatez al “aceptar el idioma a condición de mejora, de transformación”. Miguel de Unamuno, ratifica dicho concepto declarando: “para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajar de par con los pueblos americanos y recibiendo de ellos, no sólo dándoles” (15).

En 1837, al inaugurarse el *Salón Literario*, Juan Ma. Gutiérrez había afirmado: “Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero éste debe aflojarse día a día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquellos se produzca de bueno, interesante y bello” (16).

Con motivo de este discurso, Florencio Varela le escribió una carta desde Montevideo en la que le confiesa: “. . . quiere

(14) Cfr. CALIXTO OYUELA: *Poetas hispanoamericanos*. Tomo I Academia Argentina de Letras. Bs. As. 1944.

(15) Cfr. MIGUEL DE UNAMUNO: *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*. Bs. As. Espasa Calpe, 1947.

(16) Cfr. M. SASTRE; J. B. ALBERDI; J. MA. GUTIÉRREZ; E. ECHEVERRÍA: *El Salón Literario* (Prólogo de Félix Weinberg, Bs. As.; E. Hachette).

que nos hagamos menos puristas, y que relajemos algo la severidad respecto de la admisión (o importación como ahora se llama) de ciertas frases extranjeras en nuestra habla". "Amigo mío, desengáñese usted: eso de emancipar la lengua no quiere decir más que corrompamos el idioma. ¿Cómo no lo emancipa Echeverría?".

Por su parte, Florencio Balcarce, le escribe a Félix Frías desde París pidiéndole, un poco azorado, ciertas aclaraciones sobre las palabras pronunciadas por Gutiérrez: "Hágame usted el gusto de explicarme, dice Balcarce, en qué consiste esta formación del lenguaje nacional, porque la llamaría un solemne disparate si no estuviera anunciada por el mismo Gutiérrez". "...salir de buenas a primeras queriendo formar un lenguaje dos o tres mozos apenas conocidos en un pequeño círculo por algunos escritos de gaceta, es anunciar una presunción ridícula" (17).

La bien ganada reputación que tenía Gutiérrez por su dominio de la lengua, volvía más sorprendente y peligrosa su actitud. Las ideas que expuso a los 28 años de edad, no variaron después. En efecto, el 30 de diciembre de 1875 escribe aquella carta memorable en la que rechaza el diploma que lo nombra miembro correspondiente de la Academia Española. Dicho documento, publicado días más tarde en el periódico "La Libertad", es un interesante alegato en favor de la libertad lingüística. Primer año de la presidencia de Avellaneda, pleno período inmigratorio, Juan Ma. Gutiérrez advierte que la lengua rioplatense no es la más indicada para dar la "fijeza" y el "esplendor" que la Academia pretende. "En las calles de Buenos Aires, escribe Juan Ma. Gutiérrez, resuenan los acentos de todos los dialectos italianos, a par del catalán que fue el habla de los trovadores, del gallego en que el Rey sabio compuso sus cantigas, del francés del norte y del mediodía, del galense, del inglés de todos los condados, etc. Y estos diferentes sonidos y modos de expresión cosmopolitizan nuestro oído y nos

(17) Cfr.: *El Salón Literario*, ob. cit.

inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional...".

Sacadas a luz una de las causas que provoca la formación de una lengua "peculiar", Gutiérrez formula la siguiente pregunta: "¿Estará en nuestro interés crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero que puede ser fecunda para el pensamiento libre?" "¿Quién podrá constituirnos en guardianes celosos de una "pureza" que tiene por enemigos a los mismos peninsulares que se avecinan en esta Provincia?"

La presente carta provocó críticas entre sus contemporáneos. Disimulada y reticente, la de Alberdi; enérgica, la de Vicuña Mackenna; violenta, la de Villergas. A este último, le respondió el interesado con una carta abierta aparecida en "La Libertad" el 22 de enero de 1876. El español Villergas respondió en el semanario "Antón Perulero". Contrarreplicó nuestro crítico firmando bajo el seudónimo de "Un porteño".

A propósito del cosmopolitismo lingüístico aludido, Villergas explicaba el 27 de enero de 1876: "El oír hablar distintos idiomas puede dar a algunas personas de criterio ocasión para estudiarlos, pero no para confundirlos...". "...¿es enriquecer el idioma, el atestarlo de extrañas palabras y locuciones cuando esa medida no está aconsejada por la necesidad?"

La respuesta no se hizo esperar y "el porteño" se apresuró: "Ha creído Perulero que cuando el señor Gutiérrez hablaba de una lengua española enriquecida con elementos que le llegaban (en este país) con la industria y la actividad, y las costumbres de la inmigración, optaba por una jerga incoherente y descosida que sólo hubiera de entenderse en las orillas del Plata, quedándonos segregados del comercio hablado y escrito de todos los pueblos de nuestra raza".

En seguida Juan María Gutiérrez se refiere a Andrés Bello, a cuya autoridad lo remitía Villergas. Dice Gutiérrez:

"Don Andrés Bello, que como académico, y a pesar de su competencia, anduvo en esta materia harto tímido y conservador, no pudo menos de asentar que "una lengua es como un

cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen y de que procede la forma y la índole que distingue al todo”.

En la sexta carta Gutiérrez subrayó el aspecto social del problema: “Convenga usted —dice— en que la cuestión que ventilamos no es simplemente gramatical ni de Academias: es cuestión social, y forzosamente en ella ha de mostrarse usted de pocos alcances, no porque sea pobre de instrucción, sino por lo poco elevado del punto en que le coloca su amor a la integridad de la lengua patria” (18).

En el año 1941 Américo Castro publicó su libro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (19). Allí señala el distinguido especialista que “los países del Plata son, sin duda, la porción más viva y universalizada de la América hispana, “donde, el idioma... presenta rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento”.

Estas palabras merecen tenerse muy en cuenta, sobre todo si cotejamos la primera edición (1941) con la segunda (1960) en la que dice Castro: “Hoy me preocupa más percibir el sentido de tales hechos y proveerlos de una perspectiva histórica”.

Me he detenido en el libro de Castro porque deseaba recordar la vigencia del “conflicto”, y sobre todo, la preocupación que sigue dando a los peninsulares este tema.

Domingo Faustino Sarmiento también está presente en la hora de las discusiones idiomáticas. Rebelde a toda imposición académica, expuso su pensamiento en el destierro, pero sus ideas no se aferran a localismos estrechos, sino que tienen aplicación para toda la América de habla española. J. V. Lastarria y Roberto Pinilla relataron prolijamente la situación chilena

(18) Cfr. JUAN MA. GUTIÉRREZ: *Cartas de un porteño*. Ed. Americana, año 1942.

(19) Cfr. AMÉRICO CASTRO (*ob. cit.*) Yo he señalado en una reseña bibliográfica, las diferencias esenciales entre ambas ediciones, con lo cual advertimos la “re-visión” a la que somete su juicio el propio autor, a través del período transcurrido. (Ver: *Revista de la Universidad de Buenos Aires*; 5a. época; año VI; número 4 Octubre-Diciembre 1961).

en la época del Romanticismo. La reacción contra el tutelaje español se manifiesta con caracteres semejantes a la actitud asumida por la juventud rioplatense. El discurso de Lastarria, pronunciado el 3 de mayo de 1842 al inaugurarse la Sociedad Literaria de Santiago, provocó la réplica de García del Río a través de las columnas de "El Mercurio" de Valparaíso. En seguida Domingo F. Sarmiento dedicó el editorial al tema. La sinceridad y desmesura del ilustre sanjuanino le dictaron los siguientes consejos para los jóvenes chilenos: "Cuando sintáis que vuestro pensamiento... se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón lo que os alcance, y lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta, será apasionado, aunque a veces sea incorrecto, agradará al lector aunque rabie Garcilaso...".

Observemos el estilo de esta página y el sabor retórico del pronombre "vosotros" con que se dirige a los jóvenes del país hermano.

Mesurada y reflexiva será la actitud de Vicente Fidel López. En la *Revista del Valparaíso* publicó un trabajo titulado: *Clasicismo y Romanticismo*. Al enfrentar ambos movimientos, López señala las ventajas del segundo: "He aquí, escribe, el importante servicio que el Romanticismo ha hecho a la época actual. El movimiento reaccionario que le sirve de base ha llevado a los literatos hacia el estudio de las fuentes primitivas; y no sólo se han estudiado las tradiciones sociales, sino también las tradiciones filológicas. Los idiomas han ganado en firmeza y naturalidad, y sobre las lecciones áridas de una gramática estéril y deslucida, se ha levantado el estudio de la literatura primitiva de cada idioma. Esta es la razón, porque el Romanticismo ha destruido el fatuo despotismo de las reglas gramaticales y retóricas".

Sin embargo, en repetidas declaraciones hechas en "El Mercurio", Sarmiento insistía en que su propósito no era atacar el estudio de la lengua, sino la pretensión de encadenar el

pensamiento a la forma. Escribió así, porque al recomendar los *Ejercicios populares de la lengua castellana* de Pedro Fernández Grafías, un gramático chileno le pidió que se abstuviera de hacer publicaciones de ese género. El estallido furioso tuvo lugar el 27 de abril de 1842 cuando Sarmiento expresó:

“La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir los embates populares, para conservar las rutinas y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja, y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, el otro día una vulgaridad chocante: pero ¿qué se ha de hacer? todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario y, quieran o no, enojados y mohinos, la agregan... y el pueblo triunfa, y lo corrompe todo y lo adultera todo”.

La ironía, la verdad junto con el exceso de estas palabras, lanzadas en una sociedad regida por los cánones de Bello, impresionaron muy mal. El mismo gramático venezolano rebatió a Sarmiento, iniciando el ataque un discípulo del maestro caraqueño, bajo el seudónimo de “Un quidam”. Para Andrés Bello: “Un país debe tener, en lenguaje como en política, un grupo de hombres instruidos que legisle, porque sería tan ridículo confiar al pueblo la elaboración de las leyes como confiarle la elaboración de su idioma”.

Sarmiento reacciona objetando: “Creemos, sin embargo, que la palabra pueblo, tomada en un sentido aristocráticamente falso, ha contribuido al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respec-

to a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso general del pueblo ya tiene sancionado, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoge en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas”.

Juan Bautista Alberdi, inflamado en su juventud por una hispanofobia exaltada como la de sus compañeros, publicó en “El Iniciador” artículos en los que sostenía la necesidad de cambiar el castellano por un idioma propio semejante al francés (año 1838). Con el tiempo, lo mismo que Sarmiento, abjurará de sus exageraciones y admitirá muchos preceptos que Bello predicó⁽²⁰⁾.

El más atemperado de la generación fue Bartolomé Mitre, que reconoció desde temprano, que sus contemporáneos trataban el problema “con excesiva parcialidad”.

El tema que estamos desarrollando no se circunscribe dentro del área de las teorías y las polémicas. La lengua es una realidad viviente, que late, se debilita o fortalece. Nuestros primeros románticos, aunque en sus obras de ficción muchas veces dejaron de lado principios que sostenían en sus artículos combativos, con todo, iniciaron los primeros tanteos que reflejan localismos lingüísticos (ya sean términos americanos o diálogos familiares, y hasta charlas callejeras del ambiente inculcado). Con ellos comienza a reflejarse la realidad de esa evolución idiomática que iba operándose aquí, en el Río de la Plata. Por supuesto, el proceso estaba cumpliéndose desde tiempo atrás. Sobre esta cuestión Angel Rosenblat ha publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* un artículo esclarecedor y sumamente interesante: *Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la Lengua* (21). Dice el mencio-

(20) Cfr. Sobre la polémica de Sarmiento-Bello en Chile: J. V. LASTARRIA: *Recuerdos literarios*; Sgo. de Chile, 1885. Tomo I y Roberto PINILLA: *La polémica del Romanticismo en 1842*, Bs. As. Ed. America-lee, 1943.

(21) Cfr. *Rev. Universidad de Buenos Aires*, 5ª época, año V; número 4 Octubre-Diciembre de 1960.

nado investigador que “ya en 1810 estaban triunfantes en Buenos Aires algunas de las modalidades que hoy la caracterizan: el seseo, que data del siglo XVI, el yeísmo rehilado, que es sin duda del siglo XVIII, el “voseo” y el “che”, que se remontan a los comienzos de la colonización. Con respecto a estas dos notas (voseo y cheísmo) aclara Rosenblat que eran corrientes en el habla de la ciudad y del campo, pero no cree que tuvieran aceptación en el género epistolar, ni en el habla de los sectores cultos.

Américo Castro sostiene que el triunfo del rosismo coincide con la restauración del voseo entre quienes empleaban sólo el tuteo. Un testimonio del tuteo en el habla familiar durante la tiranía lo ofrece Sarmiento en diálogos que reproduce en *Vida de Dominguito*, (el capítulo *Infancia*) y Mármol, en su novela *Amalia* presenta los siguientes ejemplos: Primera Parte, Cap. XII: *Florencia y Daniel*; Segunda Parte, cap. IX: *Promesas de la imaginación*; Cap. X: *Donde continúan las escenas del baile*; y en la Tercera Parte, el Cap. VI: *Doña Josefa Ezeurra*.

Si la omisión del título de “don” fue temprana en el habla porteña, no ocurre lo mismo con “su merced” y “Usía”, que estaban en plena vigencia entre los hombres de 1837. El propósito demagógico rosista se infiltraba en la lengua, procurando eliminar tratamientos diferenciadores. Veamos un ejemplo. Lo ofrece Mármol en su novela citada. Dialogan María Josefa Ezeurra y un negro:

—Como Usía le parezca, contestó aquél, sentado en el borde de la silla, dando vuelta la gorra entre las manos.

—No me diga “Usía”. Trátame como quiera, no más. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dándole títulos al que tenía un fraque o un sombrero nuevo (22).

Aquí sin lugar a dudas, el factor sicológico es fundamental. Y en este sentido entiendo que la generación romántica si

(22) JOSÉ MÁRMOL: *Amalia* (Tomo I, Cap. VI).

bien se inspira en el pueblo y a él le canta, se considera diferente y altivamente rectora de la sociedad en que vive. La "elite" romántica habla del "gaucho" como de un elemento extraño, decorativo. Pensemos en la fórmula Civilización - Barbarie. (Entre paréntesis, recordemos que alguna vez Sarmiento condenó la palabra "civilización" por considerarla "relamida").

En la "barbarie" americana, surge la "montonera", palabra española, pero cuyo significado toma un giro peculiar en el Río de la Plata y en Hispanoamérica.

Echeverría, a su vez, tanto en *La cautiva* como en *El matadero*, repite varias veces el término "chusma" para designar tanto a la indiada, como a los adictos al Restaurador. Y a esa "chusma", por oposición, se le enfrentan los unitarios, despectivamente llamados "cajetillas". Leemos en *El matadero*:

- Perro unitario.
- Es un cajetilla (23).
- Monta en silla como los gringos.
- La Mazorca con él.

Ambos términos, como en la fórmula de Sarmiento, expresan enfoques antagónicos dentro de la compleja realidad histórico-social del país. Domingo Faustino Sarmiento recorrió al hablar de la poesía de Echeverría que "esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad; hay otra que hace oír sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho". A esta poesía se refiere también Juan María Gutiérrez.

No he de ocuparme en este trabajo de la poesía en lengua gauchesca, pero abro un paréntesis aquí, para recordar su simultaneidad con la emancipación. Subrayemos, además, que esta literatura cuyo lenguaje y estilo es genuinamente popular, no estuvo divorciada ni con los ideales de Mayo ni con los

(23) Lázaro Schalman cita la palabra "cajetilla" entre las "voces del caló español o del lunfardo, que es el caló argentino" (Cfr., L. SCHALMAN: *Coloquios sobre el lenguaje argentino*; Bs. As., 1945).

de Caseros, consubstanciada con ellos, ganó llanuras y montañas y la cantó el gaucho montonero. Las quejas de Chano pintan la situación del país con la misma angustia de los románticos. En diez años de vida independiente sólo se ha logrado, dicen los versos de Hidalgo:

“robarnos unos a otros, / aumentar la desunión, / querer todos gobernar / y, de faición en faición / andar sin saber que andamos, / resultando en conclusión, / que *hasta el nombre de paisano / parece de mal sabor* /y, en su lugar, yo no veo / sino un eterno rencor / y una tropilla de pobres / que, *metida en un rincón*, canta al son de su miseria... / que es la miseria mal son”.

En casi todos los escritores de 1837 aparece el empleo de la palabra “gaucho”. Intentan, la mayoría de ellos, un análisis sociológico que procura explicar la idiosincrasia de este personaje cuya apología por momentos esbozan (24).

Veinticinco son las etimologías propuestas “hasta hoy” para expresar el vocablo “gaucho”, decía Arturo Costa Alvarez en el año 1926 (25). Más de la mitad de los investigadores han preferido señalar como seguro origen la fuente indígena.

Sarmiento, amalgamando contradictoriamente su “gauchofilia” (como la denominó Américo Castro) con su gauchofobia, marca el punto de partida para las investigaciones que se fueron sucediendo en el Río de la Plata.

Cuando en *Facundo* nos encontramos con los “caracteres argentinos” engendrados en la “barbarie”, su autor nos presenta el “gaucho malo”. Vicente Rossi recuerda que en la edición de 1903 aparece una nota explicativa que reza: “afamado malévolo”. “Disparate que no creemos haya escrito Sarmiento—dice Rossi— ha de ser producto de corrección de imprenta, en la que se han sustituido los vocablos nacionales por equiva-

(24) Véase a propósito del “estudio” sobre el gaucho: *Facundo* y la novela de MÁRMOL: *Amalia* (Cap.: *La guardia de Luján y Santos Lugares*).

(25) Cfr. ARTURO COSTA ALVAREZ: *Las etimologías de “gaucho”*; *Revista NOSOTROS*; año XX, tomo LIV; N° 209, Octubre 1926.

lentes castellanos, creyendo mejorar el lenguaje, o tendenciosamente, para burlar la independencia idiomática que no ocultó Sarmiento (26). Explica Rossi que, si bien en Montevideo se popularizó el término "malo" para designar a los orilleros peleadores, en Buenos Aires se difundió más el término "malevo", pero no "malévolo" como anota la edición citada.

Al nombrar al gaucho de inmediato pensamos en la "pulpería", cuya importancia social destaca Sarmiento. "Pulpería", voz araucana para Julio Aramburu, aunque según Lafone Quevedo deriva de la palabra mejicana "pulque". En *Facundo* se encuentran otros nombres que nos interesan: "parejero", "pangaré", inseparable compañero del "gaucho malo".

La lengua provinciana, rica en voces arcaicas (del español de la conquista) está presente siempre en la prosa sarmientina. (27) *Recuerdos de provincia*, por no citar más que un libro, conserva mucho del saber colonial en su estilo; no faltan por eso términos americanos vgr.: libes, adobes, guanaco, chuse, etc., etc.

En *Vida de Dominguito* encontramos una palabra de origen quechua que también leemos en *Amalia*. Me refiero a "conchabo" (28).

En el mismo capítulo escrito por Sarmiento sobre las *Costumbres y caracteres* de Domingo Fidel aparecen las voces "guascazo" y "niño cimarrón".

A pesar de faltar en la obra de Echeverría auténtico criollismo, en *La cautiva* y *La guitarra* introdujo términos autóctonos. Por ejemplo: chajá, pampa, fachinal, palenque, ombú, ñacurutú, carancho, pajonal, rancho, bolazo.

Juan María Gutiérrez, castizo siempre en su estilo, fue sin embargo, quien salvó *El matadero*. Reticente en el prólogo, di-

(26) VICENTE ROSSI: *Rectificaciones y ampliaciones a unas notas lexicográficas*. Boletín del Instituto de Filología de Fac. Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

(27) Cfr. ANA MARÍA BARRENECHEA: *Notas al estilo de Sarmiento*. *Revista Iberoamericana*. Vol. XXI, Números: 41-42. Diciembre de 1958 (páginas 275-294).

(28) JOSÉ MÁRMOL: *Amalia* (capítulo: *María Josefa Ezcurrea*).

ce acerca del atrevido lenguaje de esa página de Echeverría: "Este precioso boceto aparecería descolorido, si llevado de un respeto exagerado por la delicadeza del lector, suprimiéramos frases y palabras verdaderamente soeces proferidas por los autores de esta tragedia".

Entiende el crítico, pues, que el "color" local exige una reproducción fidelísima del lenguaje, con todos sus matices y defectos. Por mi parte, no me detendré en las voces americanas frecuentes en el mencionado trabajo, sino en el aspecto sintáctico morfológico de sus diálogos. En este sentido, el trastorno de las normas gramaticales se muestra reiteradamente. El voceo ha dejado al cheísmo:

— *Ché*, negra bruja, *salí* de aquí antes de que te pegue un tajo —exclamaba el carnicero—.

El cambio desinencial en el imperativo "salí", es la forma aguda del "plural clásico cuya *d* final había desaparecido de la pronunciación y escritura del siglo XVI y XVII (29). En la *Celestina* los criados dicen: "mostrá", "juzgá". En Lope de Reda leemos: "enseñá", "perdoná", "aguardá". Lo más interesante, según creo, no estriba aquí, en el texto de Echeverría, la supervivencia de la lengua vulgar de España que la soldadesca trajo al Nuevo Mundo y recibió, naturalmente, favorable acogida entre los grupos incultos de América. Lo importante en *El matadero* es la notable dualidad entre la forma verbal anotada y su empleo correcto. Esto significa, probablemente, que a mediados del siglo XIX el vulgo guardaba ciertas "formas" en el tratamiento de acuerdo con la persona a quien se dirigía. Escuchemos a los mismos personajes:

"— Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

— ¡A qué no te le *animás*, Matasiete!

— A *tí* te toca la resbalosa, gritó uno.

— *Encomienda* tu alma al diablo.

(29) ELEUTERIO TISCORNIA: *La lengua de Martín Fierro*; Bca. Diáléctica Hispanoamericana; Bs. As., 1930.

— Está furioso como toro montaraz.

— Ya te amansará el palo.

— *¿Tiembblas?*, le dijo el juez.

— De rabia porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

— *¿Tendrás fuerza y valor para eso?*

— Tengo de sobra voluntad y coraje para *ti*, infame.”

Hasta aquí observamos el uso correcto de la segunda persona del singular en los verbos, cuando los federales se dirigen al joven unitario, no así cuando hablan entre ellos.

Veamos ahora el empleo de la segunda persona del plural, que ya habíamos destacado en un artículo de Sarmiento.

Continúa *El matadero*:

— “Ahora vamos a cuenta. *¿Por qué no traes divisa?*

— Porque no quiero.

— *¿No sabes* que lo manda el Restaurador?

— La librea es para *vosotros*, esclavos, no para los hombres libres.

— *¿Por qué no llevas* luto en el sombrero por la heroína?

— Porque lo llevo en el corazón por la patria que *vosotros habéis asesinado*, infames.

— *¿No sabes* que así lo dispuso el Restaurador?

— Lo *dispusisteis vosotros*, esclavos, para lisonjear el orgullo de *vuestro* señor...”.

Este tratamiento igualitario que empezó a introducirse durante el período rosista, se fue concretando con el correr de los años y no por “personas” o “sectores” determinados, sino por la aceptación unánime y tácita del pueblo. Entre nosotros, hoy resulta rebuscado y altisonante emplear el pronombre de segunda persona del plural acompañado de su forma verbal correspondiente, y menos emplearlo en la expresión oral.

El problema que intenté exponer no queda agotado. Tampoco están cerradas las objeciones y planteos. Lo importante es destacar el hecho histórico: en el sentido de que la genera-

ción de 1837 se alzó en el Río de la Plata, iniciando una cuestión discutible y compleja. Si hay contradicción entre sus teorías y sus realizaciones literarias, díganlo éstas; si no la hay, observemos cuidadosamente los textos que nos dejaron.

Después de leer autorizados lingüistas del pasado y del presente, de América y de España, no todos coincidentes, me inclino a pensar que, aunque no fuera lícito hablar de "lengua nacional" en Argentina, lo cierto es que nuestra fisonomía se perfila nítidamente desde el pasado. La generación del 37, con todos sus errores y arrebatos, nos ofrece testimonios útiles.

NORMA PEREZ MARTIN

Salguero 2450, Buenos Aires

